EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

REVISTA SEMANAL DEL GLOBO Y DEL TIEMPO.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes, 8 rs.—Tres id., 20.—Seis id., 36.—Un año, 70.—El número suelto, 5 reales.

N.º 33, TOMO II.—LUNES 29 DE SETIEMBRE DE 1845.
La redaccion está en la calle de Carretas, núm. 35, cuarto segundo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes, 10 rs.—Tres id., 28.—Seis id., 54.—Un año, 110.—Suscríbese en las librerías corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografía. Don Vicente Lopez y Portaña.—Cancion de Beranger, por D. A. F. del Rio.—España monumental.—La Cruz de Oro (continuacion), por D. L. Olosa.—Revista de la semana, por D. A. F. del Rio.

BIOGRAFIA.

Don Vicente Lopez y Portaña.

«Si la nobleza de la sangre, que es solo una cosa imaginaria, hace tal distincion entre los hombres, que exalta a los unos sobre los otros: ¿Quién podrá dudar que la nobleza del ánimo, que consiste en la virtud efectiva, y reside en la parte que trae su origen del cielo, no es capaz de ensalzar al hombre, desde el estado mas ínfimo hasta los confines de la Divinidad?»

Vida de Leonardo de Vinci, *por Rafael du Fresne.*

Este principio de la vida de Leonardo de Vinci, puede apropiarse á todos aquellos genios que, á fuerza de constante aplicacion y saber, y sin auxilio alguno de otra clase, se han conquistado un puesto á que dificilmente hubieran podido llegar marchando por otro camino; y para gloria de nuestros reyes, nos presenta la historia constantemente á muchos célebres artistas, cuyo solo talento los ha conducido al mas alto grado de estimacion y favor: esta última circunstancia es la que nos ha recordado las líneas que dejamos apuntadas. Desgraciadamente nuestra actual época no es la mas á propósito para la creacion de estos genios. Las artes huyen de este suelo en que antes tenian su trono, y quizás para no volver mas á él, á menos que no cambien totalmente las circunstancias en que se ha colocado á la Patria de Velazquez y Murillo. No pensemos en la actualidad, dirijámonos al porvenir, esperemos algun consuelo de la rectificacion de las ideas, trastornadas desde fines del último siglo, si bien en artes este trastorno data de mas antigua época; y ya que no sea posible dejar grandes obras, como lo hicieron nuestros grandes hombres, consignemos á la posteridad noticias de artistas beneméritos que hubieran podido enriquecer su siglo como sus antepasados.

No podemos presentar uno que reuna todas las dotes de la celebrada escuela española, porque está formada en el estudio de las otras; remontóse rápidamente para desaparecer en seguida tambien en cortísimo tiempo. ¡Ya no existe! Carreño la representó al morir, Jordan y sus secuaces la destruyeron; desde el reinado de Cárlos II desapareció de la monarquía el carácter español; enseñoreáronse en las artes las escuelas estranjeras. En el dia, aun á pesar de haberse hecho algunos esfuerzos por personas muy dignas de aprecio, nada se ha conseguido entre nosotros: la pintura no presenta un carácter que la haga original. Cada cual sigue el impulso que recibió en su educacion artística; todos, es verdad, se proponen generalmente modelos que seguir; pero no se ve en ellos que pueda restablecerse aquella escuela no general, porque esto tampoco es exacto, pues no todos nuestros pintores han sido iguales en carácter artístico. Tan distante se halla Murillo de Juanes, como Rivalta de Zurbarán, y Morales de Velazquez; pero si se estudian detenidamente sus obras maestras, se verá sin grande esfuerzo que todos, aun los mas distintos entre sí, tienen un sello particular que los señala. Pero tambien es preciso confesar que nada pueden hacer. Nuestros artistas, con pocas escepciones, carecen aun de lo mas preciso para su subsistencia: no cuentan con trabajo alguno. ¿Qué estudios han de emprender, ni cómo han de trabajar holgadamente? el desaliento ha de presidir á sus obras, las cuales forzosamente deben resentirse de estas causas. Para pintar bien es preciso pintar mucho, y entre nosotros no se pintan mas que retratos. Si en medio de este horrible cuadro que trazamos con sentimiento, cambiase la época, y fuese capaz de crearse otro elemento de proteccion para las artes, podemos estar seguros de que inmediatamente se sentirian los efectos, pues contamos con jóvenes aplicados, á quienes nuestra imaginacion nos presenta marchando rápidamente á colocarse junto á aquellos genios que tanta gloria nos han adquirido en tiempos muy diferentes de los actuales. Mientras tanto no ahuyentemos la esperanza que nos anima, y ocupémonos de bosquejar la biografía del primer pintor de Cámara de S. M. don Vicente Lopez y Portaña, bien digno, no tanto por su rango como por su mérito, de figurar en nuestra coleccion.

Nació este hábil artista en la ciudad de Valencia el dia 19 de setiembre de 1772. Hijo y nieto de pintores, por lo que desde sus mas tiernos años fué destinado á esta profesion, primero en el estudio paterno, y despues bajo la direccion del padre Villanueva, religioso de San Francisco, pintor de gran mérito, cuyas lecciones le hubieran sido de suma utilidad, á no haber tenido la desgracia de perderlo á los pocos meses; retirado á casa de sus padres, y habiendo esperimentado igual desgracia cuando contaba 15 años de edad, se refugió á la de su abuelo, á cuyo lado continuó con ardor en sus tareas.

Publicado por entonces el concurso general en la Academia de San Cárlos, sobresalió tanto entre sus compañeros, que obtuvo sin disputa el primer premio de pintura á la edad de 16 años, habiendo firmado á la de 13 otra oposicion en que pintó un cuadro superior á su tierna edad; y concurriendo despues á una de las pensiones que al mismo tiempo habia ofrecido aquella corporacion, le fué conferida inmediatamente para que pasase á Madrid á seguir adelantando en su carrera, bajo la direccion de don Mariano Maella, en cuyo estudio se mantuvo cerca de dos años.

A los 18 de su edad, en 1790, ocurrió la publicacion de premios generales por la real Academia de San Fernando, y hecha oposicion á ellos, obtuvo el primero en pintura, habiendo elogiado sobremanera los profesores su prueba de repente, superior, en dictámen de estos, al cuadro de pensado.

Concluidos los tres años de su pension regresó á Valencia, en cuya real Academia fué recibido académico de mérito, luego teniente y director en la primera vacante, y por último director general de la misma.

Allí se hallaba en 1802 cuando visitó aquella ciu-

dad el señor don Cárlos IV con toda su real familia, habiendo merecido á la bondad de este soberano que le condecorase con los honores de pintor de Cámara, y le encargase varias obras, de que quedó S. M. tan complacido, que mandó se le diesen las mas espresivas gracias en su real nombre, por el desinterès que mostró y su buen desempeño.

No le honró menos, á su vuelta de Francia, el señor don Fernando VII, quien sin mediar solicitud suya, y por solo informes de personajes entendidos, se dignó conferirle plaza efectiva de pintor de Cámara, con órden espresa de que se trasladase á Madrid tan luego como concluyese las obras en que estaba ocupado. Hízolo así, y apenas hubo llegado á la capital, cuando por dimision de su maestro don Mariano Maella, fué nombrado primer pintor de Cámara del Rey, con encargo de dirigir á diez jóvenes pensionados por S. M.; contándose como la primera de las singulares distinciones que debió á aquel monarca, la direccion en la enseñanza del dibujo de las dos augustas reinas doña María Isabel de Braganza y doña María Josefa de Sajonia, segunda y tercera esposas del mismo, con notable adelantamiento de entrambas, y en especial de la primera, á cuya aficion á las artes debe la España el establecimiento del Museo, monumento consagrado á las mismas y á la gloria nacional. La real Academia de San Fernando se apresuró á admitirle en su seno, creándole desde luego académico de mérito, y sucesivamente director de pintura y director general, cuyo ejemplo siguieron las de San Luis de Zaragoza y de San Cárlos de Valencia, distinguiéndole aquella con este último dictado, en calidad de perpétuo, y añadiendo la segunda el título de académico de honor, concedido solo al caballero Mengs.

El esmero y contínua aplicacion con que ha ejercido su plaza el señor Lopez, le merecieron del difunto rey tales demostraciones de aprecio, que mas de una vez le dispensó finezas de su mesa por su propia mano, y honró su casa visitándole en su estudio, concediéndole por fin la cruz de caballero de la real y distinguida Orden española de Cárlos III, en prueba de la satisfaccion con que vió concluida la pintura al fresco de la gran bóveda del salon de vestir de S. M., que ejecutó Lopez con suma inteligencia y maestría.

La augusta Cristina honró tambien á este artista creándolo, sin pretension alguna suya, caballero comendador de la Orden de Isabel la Católica, con dispensa de todo pago, en prueba del aprecio con que recibió el cuadro bellísimo de la Vírgen de los Desamparados, colocado en el altar del oratorio de la casa Palacio de Vista-Alegre, del que trataremos despues; y por último, nuestra soberana, la esperanza de los fieles españoles, Isabel II, en los dias en que el señor Lopez ha tenido la honra de pasar á retratarla, así como á su augusta hermana la infanta doña Luisa, de cuyos admirables retratos nos ocuparemos tambien, no han permitido regresase á su casa á comer, haciendo se le sirviese en el mismo Palacio, muy cerca de S. M. y A., y de sus mismos manjares; distinciones no recibidas por artista alguno, y que al mismo tiempo que ceden en gloria de las artes, dan á entender la bella índole de estos dos ángeles tutelares de España, así como comprueban la exactitud del epígrafe con que encabezamos estos apuntes: pues si las circunstancias imposibilitan el que puedan crearse genios que, como el señor Lopez, se eleven á la altura en que se halla colocado, el trono conserva la tradicion histórica de sus mayores, estando pronto á premiar el mérito en donde se halle; circunstancia mas notable cuando la soberana que ejerce estos otros, dignos de Cárlos I y Felipe IV, no cuenta apenas la edad suficiente para obrar impulsada por el ejemplo.

Difícil seria enumerar las muchas obras de este laborioso profesor en su larga carrera, y haremos solo una reseña de las principales. Entre estas sobresale el citado fresco de la sala de vestir del rey, en que representó la institucion de la real y distinguida Orden española de Cárlos III, siendo notable que se le premiase haciéndole individuo de la misma, cuya célebre composicion, fruto del ingenio y estudios de su benemérito autor, puede considerarse dividida en dos partes: la primera espresa simbólicamente el voto é institucion del augusto fundador de la Orden; y la segunda, los accesorios emblemáticos correspondientes á semejante acontecimiento: lo primero está significado convenientemente en el testero, que es el sitio principal de la bóveda, mediante un gran grupo de figuras, situadas delante y en el zócalo de un grandioso templo del órden dórico, cuyos ornatos corresponden al acto solemne que en él se figura celebrar: delante de él hay un altar con las insignias de la Orden.

El ilustre monarca de las Españas, el religioso don Cárlos III, vestido de gran gala, y con todas las insignias propias de la soberanía, se manifiesta en primer término puesto de rodillas con los brazos abiertos y los ojos dirigidos al cielo, ofreciendo acciones de gracias por el singular beneficio que el Altísimo se habia dignado dispensar al trono y reino de España en la anhelada sucesion concedida á los serenísimos príncipes de Asturias, causa de esta distinguida institucion. Como esta Orden, llamada por antonomasia española, fué fundada bajo la poderosa proteccion de María Santísima en el misterio de su Concepcion Purísima, y es tambien Patrona de estos reinos, se significa mediante el símbolo de la mujer misteriosa del Apocalipsis, colocada á la parte superior de la composicion, constituyendo el objeto principal de ella, y con todas las alegorías con que se pinta este misterio de nuestras creencias.

Siendo esta Orden distinguida un testimonio de la acendrada religion, sólida piedad y profunda gratitud al augusto monarca que la instituyó, y estas virtudes las que mas influyeron en su fundacion y mas caracterizan el voto, por esto se hallan espresadas sus figuras iconológicas cerca de la del Rey, y con los atributos que les son propios. Al lado del altar, presidiendo acto tan sublime, se ven la Religion, la Piedad y la Gratitud.

Al otro lado del altar, y en frente de la figura del Rey, se vé á la Monarquía Española, teniendo en su regazo con la mas afectuosa complacencia al tierno Infante, causa del voto, demostrando las figuras de la Felicidad pública y del Placer, la Prosperidad nacional, y el júbilo de que se hallaron poseidos los ánimos de todos los buenos españoles al ver perpetuada en este bello Infante tan augusta dinastía.

A la derecha del grupo descrito se representa el fin de la institucion, por medio de figuras alegóricas, que simbolizan á la Nobleza, unida al Honor, al Mérito y á la Virtud; y en frente á la izquierda, los frutos y beneficios de la Paz, sin cuyo influjo no hay que esperar órden, subordinacion, ni adelantamiento en la sociedad.

Al lado opuesto se ven los genios del Mal y de la Rebelion, huyendo despavoridos al aspecto imponente del Orden público. En el grupo pintado en frente del principal, la Historia arrebatando un pergamino de las manos del Tiempo, y no lejos sobre una mesa, la Fama.

El otro fresco, que asimismo forma la reputacion de este distinguido profesor, es el que pintó en la sala de despacho del rey, en que oportunísimamente representó á la Potestad ó Autoridad, apoyada en la Prudencia, la Justicia y la Fortaleza, espresándose que una de sus principales calidades es la de recompensar á los buenos; presídelo todo la Religion: y para manifestar que ante un poder movido por semejantes principios, desaparecen la detestable Rebelion y la fatal Discordia, se ven estas calamidades representadas por un deforme mónstruo precipitado por el Genio esterminador.

Nos hemos detenido algo, aunque no tanto como á nuestro parecer exigia el asunto, en la descripcion de estos dos frescos, pues hubiéramos deseado esplicar con mas detenimiento el modo con que el señor Lopez ha presentado las figuras alegóricas, en que no solo ha acreditado su saber como pintor, sino lo que es mas, el sublime de la composicion, reuniendo conocimientos muy especiales; pero los cortos límites de nuestra publicacion no nos permiten la estension que quisiéramos, y así solo hemos bosquejado dichas composiciones. Una y otra son por cierto muy dignas de aquel lugar donde sostienen sin desventaja, antes con mucho aprecio, la comparacion con los de Mengs, Tiepolo y Bayeu, que tanto realzan la magnificencia del real Palacio.

No son de menos mérito, y quizás las aventajan sus obras al temple, como el techo de un salon de 31 pies de largo por 22 de ancho en la posesion titulada *El Casino* que la villa de Madrid, por medio de su ayuntamiento, puso á disposicion de S. M. la reina doña María Isabel de Braganza, y en cuyo argumento consiguió sábiamente el señor Lopez reunir al elogio de esta augusta Señora, cuya pérdida lo fué para el pais, el de su feliz enlace, y el acto de la donacion; engalanándolo todo con bellísimas figuras alegóricas, que demuestran el profundo estudio del artista; y el de un retrete de la reina Cristina en su real Casa ya citada de Vista-Alegre, en que representó á Céfiro y Flora perfumando la atmósfera con la fragancia de las flores, y á varias Nereides y Tritones refrescando y purificando el aire con el cristal de sus aguas. La facilidad, empaste y tono vigoroso con que están ejecutadas estas obras, que parecen pintadas al óleo, dan idea de lo que el arte puede alcanzar en este género ingrato y desapacible de suyo, y puede servir de modelo á los artistas que en él quieran perfeccionarse.

Del mérito de sus cuadros al óleo, como pintor de historia, no es posible formar concepto en Madrid, donde apenas hay de esta clase, mas que alguno de los llamados de caballete. Los grandes están en Valencia y Cataluña, y son entre otros, el del nacimiento de *San Vicente Ferrer* en el oratorio de la casa nativa del mismo santo. El de *San Antonio Abad* en aquella iglesia metropolitana, pintado á la edad de 22 años que fué el principio de su reputacion artística, por el entusiasmo que produjo; el del altar mayor de la capilla en la casa de Misericordia, obra de gran composicion, buenos partidos y multitud de figuras bien distribuidas y agrupadas, el cual representa á la *Santísima Virgen* sentada y asistida de varios santos, y en primer término á Santo Tomás de Villanueva implorando la proteccion divina para un sinnúmero de infelices de ambos sexos que abriga aquel piadoso establecimiento; el de *San Antonio de Padua* en la iglesia oratorio de San Felipe Neri, cuadro de grande efecto, y en que tuvo que luchar con la poca luz que habia en el sitio en que estaba colocado, y que ahora como muchos, ha perdido gran parte de su mérito por la variacion del lugar para el que fueron pintados; y la *Cena* en San Felipe de Játiva, composicion en que hizo que Judas estuviese hablando y digna de todo elogio. Por último dejó otras varias obras al fresco y al óleo, que tienen mucha estimacion, en las iglesias del Grao, Silla, Burjasot, Usiva, Benifayó, Penaguila, Gorga, Alcoy, Requena, Vall de Uxó y otros pueblos de aquella provincia.

Todas estas últimas obras son anteriores á la venida á Madrid del señor Lopez, y á aquella época pertenecen tambien algunas copias, entre ellas la del *San Francisco*, de Ribalta, que existe ahora en Valencia, y cuyo original posee el Museo de Madrid, ejecutada con la mayor maestría; y aunque se admira en dichas obras el colorido vigoroso y grato, el buen dibujo y la facilidad y ejecucion que tanto la distinguen, el señor Lopez se ha engrandecido despues, quizás con la contínua observacion y estudio del natural en los infinitos retratos que ha pintado, ó en la meditacion de las obras de los grandes Maestros; y así sus dos cuadros posteriores, que son el mas digno ornamento de la catedral de Tortosa, y representan á *San Agustin* contemplando el misterio de la Trinidad el uno, y el otro á *San Rufo* su primer obispo, predicando á sus ovejas, son las obras mas perfectas en este género.

Poco puede decirse de la superioridad del señor Lopez en la línea de retratos, cuya semejanza, relieve, animacion y otras escelencias, está viendo y elogiando, muchos años há, el público de Madrid, como que este ha sido casi esclusivamente el empleo de sus incansables pinceles; circunstancia que han de tener todos los que como este hábil artista, reunan á su gran mérito la estimacion del monarca y la facilidad de que éste vea sus obras, pues entra por mucho en los cortesanos el deseo de recomendarse haciéndose notables á los ojos de S. M.; y esta es sin duda la causa de que el señor Lopez, en tiempos en que contaba menos años y mas salud, no se haya podido dedicar á concluir el gran cuadro que yace en su estudio, principiado solamente, y que concluido hubiera aumentado si es posible su gloria.

No han merecido menos encomios los de su mano que han pasado á paises estranjeros, como en Paris, el del *general Alava*, y el del *mariscal Suchet* colocado en el salon de los mariscales. El de la *generala Murray*, muy celebrado en Londres, y sobre todos, el del rey *Fernando VII* de cuerpo entero, y con el manto de la insigne Orden del Toison de Oro, que S. M. le mandó pintar para la embajada de Roma, donde tuvo tal aceptacion, que la Academia de San Lucas envió á su autor el título de académico de mérito, en una carta llena de honoríficas espresiones y encarecidos elogios.

Ademas del citado retrato de S. M., de los de sus augustas esposas y señores infantes, merecen particular mencion los de los *reyes de Nápoles*, padres de la reina Cristina, el del *príncipe Maximiliano de Sajonia*; el del *comisario general de Cruzada, don Manuel Fernandez Varela*, protector en su tiempo de las artes; el de *don Antonio Ugarte y su esposa*, célebre valido del difunto rey; el del conocido *paborde Sala*; el del *ministro Salmon*; el de *Goya*, colocado en el Museo; el del famoso organista *don Felix Máximo*; el del *duque del Infantado*, de cuerpo entero; y el del *conde de Casa-Sarria*, digno director general que fué de artillería, el cual tiene tal semejanza, que sabemos positivamente que al verlo en la sala un fiel perro del señor conde, se dirigió á él, haciéndole mil caricias, y concluyendo por lamerle las manos; y recientemente los del *general Osma*, *obispo de Córdoba* en que está pintada hasta la dulzura de carácter de este digno prelado, *condesa de Revillagigedo*, *marqués de Casteldosrius*, *señor Perez de Castro*, último y fiel ministro de Estado de la reina Gobernadora, y sobre todos el de su esposa *doña Francisca Brito*, tanto por la verdad que reune en la semejanza, como por la bella entonacion con que están manejados los accesorios; de modo, que este solo retrato dirá algun dia lo que se ha pintado en España en nuestro siglo.

Habiamos dejado para este lugar la descripcion del cuadro que pintó el señor Lopez para la reina Cristina, porque era el último de composicion que habia ejecutado; pero mientras se escribian estos apuntes, ha llevado á cabo un argumento, que concibió en la grave enfermedad de que milagrosamente ha sanado, habiendo la circunstancia estraordinaria de que ha adquirido nueva vida y mayores bríos, sin que se hayan resentido en lo mas mínimo sus cualidades físicas. Representa aquel ajamentado como queda dicho por encargo de la reina Cristina, á la *Santísima Virgen de los Desamparados* en el acto de aparecer en una casa de Beneficencia, en que se ven los desvalidos, y entre ellos un niño de pecho, presentado por su madre á los piés de la misma Virgen, y amparado por un ángel. Composicion filosófica y que indica bien el pincel que la ejecutó, y el carácter altamente bondadoso de aquella augusta Señora. El público admiró este cuadro en la esposicion de la Academia de San Fernando. El que imaginó en su enfermedad, y que realmente es el último que hasta ahora ha pintado, representa á *Santa Filomena* en la cárcel, en el acto de ser visitada por la Virgen y el niño Dios, que la anuncia su fin, estando sostenida en este trance por San Gabriel y un grupo de angelitos que endulzaban sus dolencias con la música y que corren presurosos en su auxilio: el señor Lopez ha aumentado su fama con esta sencilla y tierna composicion, en que sobresale un dibujo esmerado y un colorido brillante á la par que verdadero, teniendo que luchar con los inconvenientes que presenta un asunto en que todo es bello, pues no hay personaje alguno que pueda servir de contraposicion. La Santa, el Arcangel, los Angelitos, la Virgen y el Niño Dios: hé ahí los personajes del cuadro, todos divinos: pues aun la santa enferma y moribunda, reune tal gracia, que encanta, y todo está ejecutado despues de una penosa enfermedad como queda dicho, de que ha convalecido, pintando.

Los retratos que asimismo ha ejecutado del *ministro de los Estados-Unidos americanos, señor Aaron Vail y su esposa*, son de un estilo que parece, aquel de la escuela de Vandik, y este de Pablo Verones; pero sobre todo cuanto ha hecho el señor Lopez, sobresalen los dos últimos que ha pintado de la *Reina é Infanta* llenos de verdad, de encanto, de seduccion, y dignos traslados de las augustas niñas que representan. Inútil seria describirlos: dibujo, colorido, espresion, carácter, todo armoniza y los hace los mas bellos lienzos que puedan presentarse. En el dia se encuentran en París, en donde han llenado de placer y amargura el corazon de su augusta madre; y sabemos que en aquella capital, centro de ilustracion, han sido admirados como era de esperar.

La contestacion de la reina Cristina despues de recibidos, hizo derramar lágrimas á las niñas y ocasionó un nuevo triunfo á las artes. Ambas se apresuraron á regalar al feliz pintor, la reina una sortija, y la infanta un alfiler de brillantes de grande estima, no tanto por su valor, aunque es crecido, como por el orígen y por las espresiones con que fué acompañado el presente real. Estos retratos se han copiado por el mismo señor Lopez para ser conservados en Palacio, y tenemos noticia de que se litografiarán con esmero en París.

El mérito del señor Lopez es generalmente reconocido; sin embargo, muchos le han tachado de escesivo detenimiento y profusion en los accesorios, que querrian sacrificados á la cabeza; pero esto se debe á que cuando le han achacado esta falta, pensaban en la escuela que ha seguido esta máxima. Si hubieran dirigido su atencion á otras diferentes, acaso habrian desechado esta idea con el ejemplo de los grandes hombres que no han marchado por aquel camino. Olvein, Moro, Alonso Sanchez, Coello y aun Ticiano y muchísimos otros, sin escluir á Rafael, bien se han detenido y hecho brillar los accesorios con que han enriquecido sus cuadros. El señor Lopez no es un pintor de la escuela sevillana, ni lo es de ninguna ni de género alguno conocido. El señor Lopez es un pintor de género propio. Otros le han juzgado imitador de Mengs, y se han equivocado, lo mismo que los que le han hecho descender de la escuela de Jordan; suposicion que hasta cierto punto le ofenderia, sin que por esto dejemos de reconocer mérito en aquel artista.

Sobresaliente en el dibujo en que se ven los buenos principios que aprendió de Maella; incansable en el trabajo, maneja el color con admirable facilidad; cuenta él mismo que en sus mas tiernos años pintaba cuadros de devocion, que adquirian las gentes del pueblo por costumbre, al casarse, para adorno de sus habitaciones, y era tal la prisa que se daba, que cree deber á aquel tiempo el gran manejo de paleta que ha conservado siempre. Jamás se advierten en sus cuadros imitaciones de pensado: el Maniquí, el yeso, y mas que todo el modelo vivo, son los que le sirven para aquellos que varian momentáneamente; siendo pocos los que acaban mas pronto de primera, y con mas perfeccion, como lo prueba entre otros, el retrato de *Goya*, concluido cual se ve en el Museo, en siete horas; bien que en su sentir no está acabado, ó por lo menos si pudiera proporcionárselo, aun le daria algunos toques. Puede decirse sin temor de errar, que el señor Lopez no piensa en nadie cuando pinta, mas que en su obra; ni estudia antes á tal ó cual escuela; sus estudios los tiene ya hechos, y salen de su paleta, ó por mejor decir del pincel; en fin este artista que ha dado muchas glorias á las artes y al pais, vive entre nosotros; y gracias á la Providencia, podemos esperar que produzca mas obras. Esta es nuestra ilusion, porque estamos persuadidos que aunque con todo el vigor que difícilmente puede hallarse en persona de su edad, ni el señor Lopez, ni ningun otro pintor en la actualidad podrá pintar grandes obras. ¿Quién las ha de encargar? ¿Quién las ha encargado hasta aquí? La iglesia Este ha sido, como hemos dicho, el único elemento de proteccion de las artes, ayudado del trono y la aristocracia. El Escorial, las catedrales y los monasterios, teniendo á su disposicion grandes sumas, las invertian en la ostentacion del culto divino. ¿Quién puede en lo sucesivo alimentar nuestras glorias artísticas? La iglesia quedó sin poder y sumida en la miseria; el trono no puede hacer esfuerzo alguno; la antigua aristocracia está á punto de desaparecer; la nueva es mezquina, calculadora, ignorante. ¿Quién pues ha de ocupar á los artistas? Nadie absolutamente, ya lo hemos dicho. Y lo repetimos; si no cambian de hecho las ideas, si no aparece otro elemento de proteccion, sin la cual no hay artistas, nuestros pintores lo serán solo de retratos, nuestros escultores no existirán, y lo mismo los grabadores. La desgracia nos ha hecho nacer en la época mas infeliz para España, para esta nacion tan adelantada en otros siglos, tan vejada y atrasada en la actualidad; para esta nacion en fin, rodeada de escombros, bajo los cuales yacen las antiguas riquezas que no han podido pasar los mares ó el Pirineo.

CANCION DE BERANGER.

Trece á la mesa.

¡Oh, Dios! trece á la mesa, amigos, somos,
Y la sal á mi lado se ha vertido:
¡Número triste! signo amenazante;
Llega la muerte, tiemblo desvalido.
Espíritu aparece, ó fada ó diosa;
Mas bella y jóven se sonríe alegre.
Loco júbilo anime vuestros cantos;
No me intimida, amigos, no, la muerte.

Por mas que del festin no se la escluya,
Y corona de flores tambien ciña,
Solo del Iris tornasol precioso
Sobre sus sienes ó mis ojos brilla.
En su mano se vé rota cadena;
En su regazo un niño que se aduerme.
Calmad la sed de mi apurada copa;
No me intimida, amigos, no, la muerte.

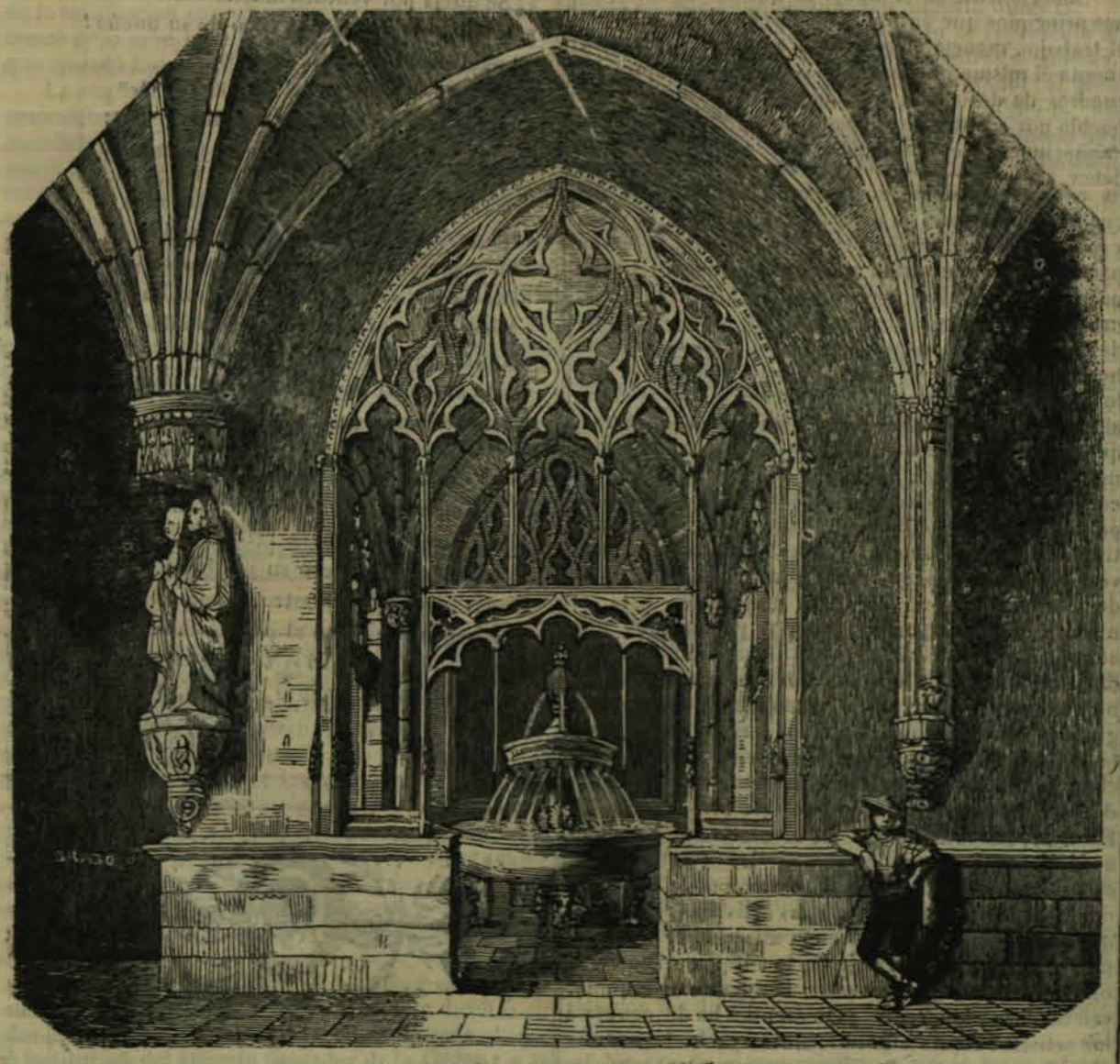
«¿A qué temerme, dice cariñosa,
»De la esperanza hermana, hija del cielo?
»¿Se queja por ventura mústio esclavo
»De quien le arranca al yugo de su dueño?
»Angel caido, batirás las alas,
»Presa en el mundo del destino aleve.»
A besos nos embriaguen nuestras bellas;
No me intimida, amigos, no, la muerte.

«Tornaré, sigue; enaltecida tu alma
»Ha de cruzar esos flotantes mundos,
»Esos globos de llama, ese azul terso,
»Del Señor obra, de los tiempos rumbo.
»Mientras encarcelada yace humilde
»Apura sin temor dicha inocente.»
Gaste el placer en calma nuestra vida;
No me intimida, amigos, no, la muerte.

Al umbral un mastin acaso ladra,
Y con su aullido mi vision ahuyenta;
¡Ah! necio el hombre retrocede en vano
Si el frio del sepulcro su pié hiela.
Ondas inevitables nuestro esquife
Con venturoso curso al puerto lleven.
¡Ah! contándonos Dios trece á la mesa;
No me intimida, amigos, no, la muerte.

A. F. DEL RIO.

SAN ESTEBAN DE SALAMANCA.



MONASTERIO DE SAN SALVADOR DE OÑA.

ESPAÑA MONUMENTAL.

San Esteban de Salamanca.—Entre los buenos edificios en el género gótico-germánico, que se cuentan en Salamanca, merece distinguida mencion la iglesia y claustro del convento de S. Esteban, órden de predicadores. La planta de esta iglesia es una cruz latina, su largo 287 pies divididos de este modo: el cuerpo 151, el crucero 47, y 89 la capilla mayor: el ancho de la nave 51 y medio, y el crucero de un estremo á otro 96. Ya se vé que para darle tales proporciones no hubo mas regla que el capricho ó la casualidad; pero sin embargo los que la ven olvidan estos defectos, llevándose la atencion su gran buque, su desahogo, el arte y la proligidad con que está construida y esculpida, y la pintura al fresco que hizo en sus bóvedas don Antonio Palomino.

Se empezó á edificar el año de 1524 á espensas del obispo de Córdoba don Fr. Juan Alvarez de Toledo, hijo del duque de Alva, religioso de la órden que habia profesado en este convento, y duró la obra hasta el de 1610. Fué el arquitecto que la delineó y empezó á construir Juan de Alava natural de la ciudad de Vitoria, y por su muerte la siguieron Juan de Rivero Rada, Pedro Gutierrez y Diego de Salcedo.

La iglesia en la fachada y en lo interior y el claustro bajo y alto cuyas galerías tienen 128 pies de longitud y 21 de latitud, estan llenos de escultura en bajo y medio relieve, hecha por Alonso Sardiña, esceptuando el medallon del martirio de san Esteban y algunas otras cosas en la fachada y vestíbulo, obras de bastante mérito hechas por el milanés Juan Antonio Geroni.

No merecen olvido la sacristía y sala capitular de este convento que se empezaron á construir el año 1627 cuando todavía duraba entre nosotros la buena arquitectura que se propagó en tiempo de Felipe II. El maestro que la diseñó y construyó se llamaba Juan Moreno, y la escultura que hay en ambas piezas es de Francisco Gallego y Antonio de Paz.

Monasterio de S. Salvador de Oña.—El aspecto del monasterio es magestuoso é imponente: su estructura esterior, sin ser delicada ni primorosa, ofrece en sus grandes dimensiones y sencilla forma el sello respetable de su remota antigüedad. La portada principal que dá entrada á la iglesia es elegante y vistosa, su órden de arquitectura corintio, y su parte superior, compuesta de hermosas columnas, cornisas y escudos, le dá mas realce y suntuosidad. Despues de contemplar en este sitio la curiosa perspectiva que presenta el viejo convento de Oña, desnudo en su esterior de los adornos y primores del arte y entrando por la inmediata puerta que sale á un ancho patio del edificio, se encuentran los espaciosos andeles bajos del convento y en ellos las escaleras que conducen á las principales habitaciones de él.

Estas, exentas ya de su belleza y adornos por los ultrajes del tiempo, serian dignas de la admiracion del observador á conservarse en el estado de esplendor y suntuosidad que un dia debieron tener. Queda, sin embargo, en algunas de ellas el vistoso pavimento de luciente piedra, puertas de negro nogal con lindas molduras, altas y estensas bóvedas rodeadas de cornisas y preciosos relieves de estilo gótico, y en las paredes los marcos de trabajado ébano, donde se contenian bellas y antiguas pinturas que la mano destructora de la época ha hecho desaparecer. Los claustros altos del monasterio son estrechos, sencillos y sombríos: estiéndense estos en diferentes direcciones formando una especie de laberinto en razon á su número y prolongacion. Las celdas son primorosas y cómodas, y sus ventanas y balcones dan vista al ancho patio de que hemos hablado, al inmenso huerto del convento ó al agreste y montuoso yermo que rodea á este. La habitacion que era del abad, se distingue entre todas las demas por su estension y belleza, á pesar que los antiguos adornos que la decoraban han desaparecido. Por la estructura interior de toda esta parte del convento se conoce que fué edificada en distintas épocas y bajo diverso plan de direccion, pues no forma la obra *el todo* compacto y ordenado que el arte recomienda.

San Francisco del Monte.—Poco mas de treinta millas de Córdoba, por la parte del norte, en lo interior de Sierramorena, en un áspero cerro, á cuya falda corre un riachuelo, en los pasados siglos llamado *armilata*, y hoy con la palabra *wad*. ó segun otros *guid*, que le añadieron los árabes y alguna corrupcion, es conocido con el nombre de *Guadalmellato*, estuvo situado un célebre monasterio llamado San Zoilo Armilatense, del que salieron algunos monges para padecer el martirio durante la dominacion arábiga. En el paraje que ocupó, se ven aun rastros de edificio y una cueva notable que conserva todavia el nombre de san Zoilo. Por bajo de ella forma el rio un gran remanso abundante de pesca, con la que, segun escribe san Eulógio, se alimentaban los monges.

Destruyóse el monasterio de san Zoilo: y despues de muchos siglos se vino á fundar otro en aquellos sitios que parecian destinados para la vida cenobítica. A una milla de aquel, y á una legua de la villa de Adamuz por bajo de un elevado monte llamado posteriormente el Alto de Jesus, Martin Fernandez de Andujar fundó en una heredad suya en 1385 el convento de san Francisco del Monte, que fué trasladado al sitio que hoy ocupa en 1394.

Aquel ameno y solitario sitio, rodeado de escarpados montes coronados de ermitas, y la vista de aquel antiguo edificio abandonado de sus moradores, y ya ruinoso y convertido en escondijo de reptiles, albergue de animales montaraces, inspira sentimientos melancólicos, y ofrece á la consideracion el contraste del vario espíritu de los siglos. En aquellos tiempos tan fecundos en fundaciones de este género, no contentos nuestros mayores con transformar las poblaciones en conventos y monasterios, empleaban sus caudales en multiplicarlos en los desiertos y despoblados; y ya en nuestra era abolidos estos institutos, seran en adelante objeto solamente de la curiosidad de los venideros, á los cuales bastará que no existan para que deseen conocerlos, y se complazcan en encontrar las memorias que de ellos haya conservado la historia.

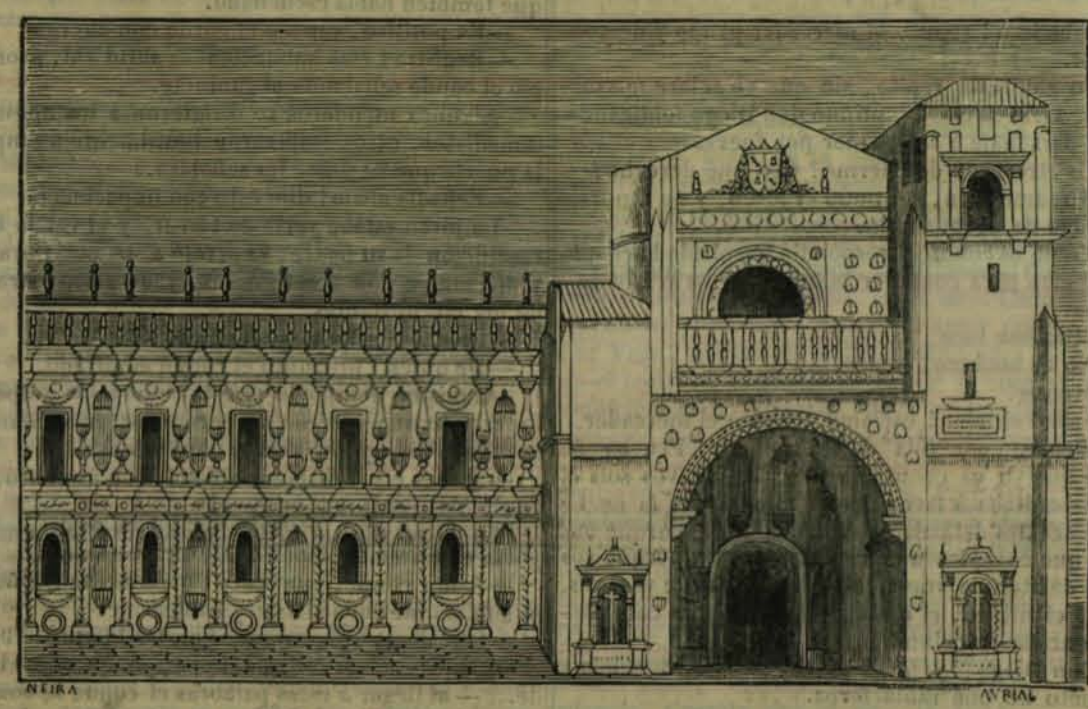
Entre seis ermitas que hay en aquellas asperezas mas ó menos cerca del convento, se cuenta una, llamada de *Jesús*, construida en la cumbre de un escarpado monte de piedra de figura cónica de mas de 480 piés de elevacion, á la cual se sube por una agria senda, que formando en parte de su tramo una escalera de 60 gradas, aun ofrece peligro á los que intentan trepar á tan elevada cumbre.

Viniendo de Córdoba el rey don Felipe IV en 1624 desde la villa del Carpio, pasó á la de Ademuz con el objeto de montear en su término, y habiendo estado en san Francisco del Monte, concedió la gracia de poder acotar media legua al rededor del convento. Para festejar á este monarca, se le dió una música desde un ciprés que hay en el patio llamado de los Aljives, cuya magnitud es tal, que doce músicos estuvieron colocados sin ser vistos, entre sus ramas. Este árbol es acaso anterior á la fundacion del convento, y tiene de alto 25 varas, de circunferencia el tronco 5, y 45 la copa, por lo que no se ha visto otro semejante.

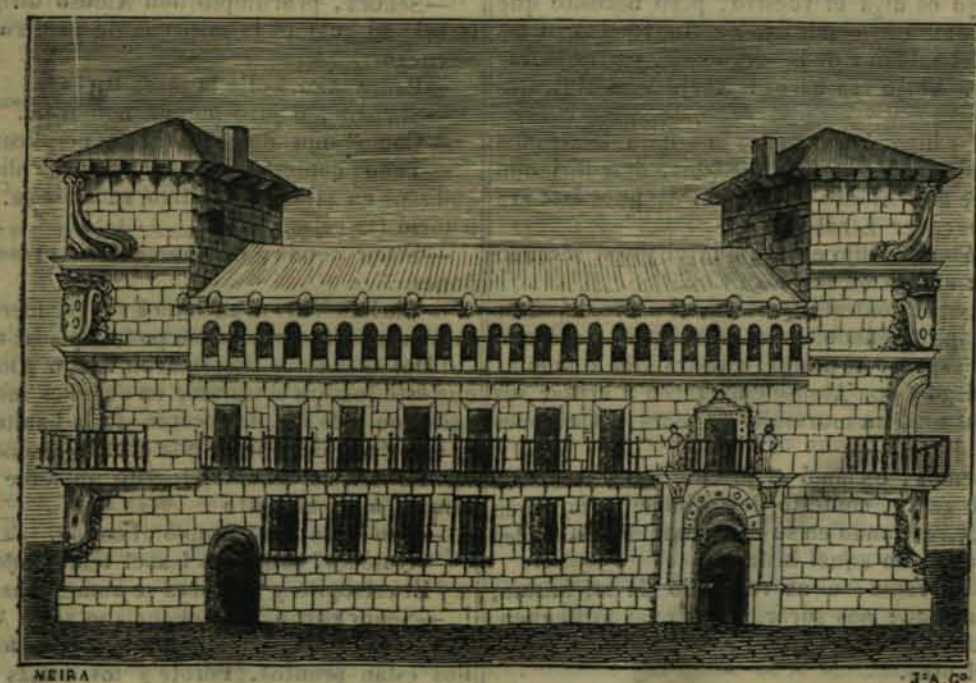
San Marcos de Leon.—La iglesia grande, espaciosa y de sólida arquitectura tiene muchas cosas y adornos pertenecientes todavía al gusto gótico. Consagróla el Rmo. señor don Sebastian Ramirez de Fuenleal, obispo de Leon en el año de 1541. Una de las mas notables obras que la enriquecen es la sillería del coro, monumento de los mas acabados y perfectos que en este género de trabajo posee aquella época. Comenzóse en 1541 y acabóse en 1543 durante la prelatura del ya nombrado don Hernando Villares. Constaba de diferentes bajos relieves en los respaldos de las sillas compartidas por pilastras de grotescos con sus antepechos de correcto dibujo y esmeradísima ejecucion. En una aspa de madera blanca embutida sobre la escalerilla que conduce á las sillas altas se lee esta inscripcion: *Guillermus Doncel fecit; anno 1542.* En la nueva restauracion há padecido muchísimo esta preciosa obra, y todo lo que se ha podido hacer en obsequio de su uniformidad ha sido ajustarse en lo posible á la antigua idea. De todos modos para no confundirla se ha puesto junto á la escalerilla de la Epístola un letrero que dice: «Empezóse á renovar esta sillería en 1721, y se acabó en 1723.»

Palacio de los Guzmanes en Leon.—Esta hermo-

SAN FRANCISCO DEL MONTE.



SAN MARCOS DE LEON.



PALACIO DE LOS GUZMANES EN LEON.

sa fábrica, una de las mas notables con que se distingue la ciudad de Leon, fué mandada edificar hácia los años de 1560 por el Ilmo. señor don Juan de Guzman, obispo de Calahorra, y pertenece al marquesado de Toral, que hoy está unido á la casa del Excmo. señor duque de Frias.

Por mas investigaciones que hemos hecho no ha sido posible adquirir noticia del arquitecto de este bello edificio, ni de las demás circunstancias de su historia; pero segun su estilo y la época en que se fabricó, parece ser de alguno de los buenos artistas como Luis de la Vega, Mora, ú otros de la escuela de Herrera.

En el dia está bastante abandonado, sirviendo para depósito de granos: suerte comun de esta clase de fábricas en nuestro pais, á donde los grandes señores tienen por costumbre habitar constantemente la córte, dejando sus antiguos torreones y castillos feudales al pincel de los artistas ó á los recuerdos de la historia.

LA CRUZ DE ORO.

LA EMBOSCADA.

CONTINUACION DEL CAPÍTULO III.

—Caballero! repuso el mercader pálido y desconcertado.

—No saldreis, repito, sin que yo aclare mis sospechas. Atrás! atrás! continuó don Diego obligando al otro personaje á retroceder por fuerza.

—Os atreveis á detenerme? Con qué derecho?

—Miradme bien, continuó el jóven, y no tendreis necesidad de preguntarlo.

—Yo no os conozco, respondió Escobedo haciendo un esfuerzo para contener la ira que á su vez le dominaba.

—Miradme bien.

—No os conozco, repito.

—Mentis!

—Sellad el labio! esclamó colérico el mercader.

—Mentis, por vida de mi nombre! Prueba de ello es que yo os conozco á vos; porque vos sois el que se ocultaba á favor de las sombras de la noche en los jardines del palacio de Tordesillas; porque vos sois el que conspiraba en casa del obispo; porque vos sois el delator de vuestros amigos; porque vos sois, en fin, el villano, el embustero, que tan cobardemente acaba de calumniarme.

—Don Diego!!... gritó el otro con la violencia y el ímpetu de una rabia feroz.

—Ola! prorumpió el jóven con una risa convulsiva, — parece que en efecto conocíais mi nombre! veo que no me engañaba en mis sospechas!... Ahora falta que yo os diga el vuestro; pero necesito que antes de pronunciarlo mire yo en vuestro rostro las manchas del baldon y de la vergüenza, y para lograr mi deseo... Abajo esa barba! Abajo esos ridículos disfraces!

Y sin dar lugar á que el otro lo evitára, le arrancó velozmente la barba postiza que traia, descubriendo el rostro de don Alonso de Quiñones, pues este era el falso mercader Escobedo.

—Don Alonso, dijo en seguida el jóven sacando su espada: el uno de los dos!

— Al punto! contestó Quiñones desabrochándose su ancha capa, dejándola caer en el suelo, y sacando tambien la espada. Al punto! vuestra vida ó la mia!

Don Diego y don Alonso empezaron á cruzar sus aceros; mas sonó un murmullo de voces, y Quiñones se detuvo.

—Acabemos, esclamó el jóven.

—Viene gente, contestó don Alonso envainando su espada, y revelando en su mirar una siniestra idea que le ocurrió en aquel instante.

— Reñid, reñid, ó no respondo de mi mismo; nada importa que nos sorprendan; cuando lleguen, el uno habrá dejado de existir, y ese balcon protegerá la fuga del otro.

—No, contestó don Alonso; es preciso que ahora llegue mi vez.

—Qué decís?

—Que sois el seductor de la hija del conde, que sois un comunero, y que es fuerza que yo tambien os quite la máscara con que hasta aquí habeis llegado.

—Infame! dijo don Diego, adivinando la horrible venganza de su rival.

A todo esto las pisadas resonaban mas cerca, y se escuchaba claramente el eco de los que venian.

—Temblad! prorumpió don Alonso gozándose en la perplejidad de don Diego; pero éste, iluminado por un pensamiento feliz, se abalanzó á su contrario, y sujetándole con fuerza poderosa, le llevó en abierta lucha hasta la puerta del gabinete de labor donde él últimamente habia estado escondido, y con irresistible empuje le metió dentro á pesar de sus amenazas, encerrándole veloz, y echando la llave que se guardó en el bolsillo. Levantó del suelo en seguida la misma capa de don Alonso y la barba con que se encubriera, y llevándose entrambas cosas, abrió el balcon, vió que afortunadamente nadie habia ya en el patio, y bajando por la reja que le sirvió de escala, buscó la salida del palacio.

En el entretanto el conde, en compañía del baron y de su hija que le seguia aterrada, entró en la habitacion capitaneando un grupo de escuderos, y diciendo:

—Aquí! aquí! Yo mismo los he oido. El resto de mis cobardes asesinos ha penetrado aquí en su fuga.

—Es increible! contestó Isabel temblando por la vida de don Diego, y sin acertar la causa de las voces que tambien habia escuchado.

—Es positivo, replicó el baron con energía

—Registrad esas habitaciones; abrid ahí, prorumpió el conde señalando al gabinete.

Algunos escuderos se dirigieron á los aposentos inmediatos, otros empezaron inútilmente á empujar la puerta que su señor les señalára.

—Echadla abajo! dijo éste con impaciencia.

La jóven estaba yerta de terror, y al ver la firme resolucion de su padre, se arrojó á sus pies llorando, y diciéndole con acento desesperado y con estrañeza de los circunstantes:

—Piedad! piedad, padre mio!

—De quién? preguntó el conde admirado.

Al mismo tiempo la puerta cedió á los golpes de los escuderos y abrióse de par en par, presentándose en ella pálido y sin aliento don Alonso.

—Qué es esto? esclamó el conde con asombro. Vos aquí! Vos oculto en mi casa!

La jóven dió un grito de sorpresa: el baron no podia comprender quién fuese aquel hombre.

—Señor conde, murmuró tímidamente Quiñones; os suplico me concedais el justificarme.

—Oh! demasiado conozco vuestro intento, replicó el anciano: estábais escondido porque queriais abusar de... — al llegar á estas palabras el conde se contuvo repentinamente acordándose de que el baron le escuchaba.—Bien, prosiguió en seguida, os trataré como mereceis.

—Señora, prorumpió don Alonso dirigiéndose á Isabel; sé cuál es la sospecha de vuestro padre, y os ruego...

—Padre mio... dijo la jóven turbada.

—Silencio, ó juro por mi nombre...

—Cómo! dijo el de Alburg, me esplicareis...

—Todo, contestó el conde, pero no ahora: tranquilizaos en tanto yo castigo su audacia. El baron frunció las cejas.

—Señor conde, mi inocencia... proseguia Quiñones.

—Ola! esclamó el anciano á sus escuderos. Apoderaos de este hombre: nada podrá aplacar mi justicia.

Dos escuderos desarmaron á don Alonso, y sin que éste lográra sincerarse en aquellos momentos de agitacion y de ira, le sacaron de la habitacion.

Acababa de salir de ella cuando resonó por todos los ámbitos del palacio el grito unánime de «á las armas! á las armas!»

—Son ellos! prorumpió el conde.

—Quiénes? preguntó Isabel temblando de pavor.

El estrépito y las voces se aumentaban.

—Señor baron, dijo el anciano al de Alburg, llevad á efecto lo que teníamos determinado: los caballos están prontos, Perote y los demas criados os esperan; salid en el instante por la puerta de los jardines y en cuatro minutos os hallareis fuera de la ciudad: Isabel, adios.

—Padre mio! padre mio! esclamó la jóven viendo partir al conde y queriendo abrazarle.

—Adios, le contestó el conde con severidad, intimándola con una mirada imperceptible que detuvo á Isabel amedrentada.

—Señor de Alburg, — dijo en seguida al baron tendiéndole su mano.— Pronto nos veremos.

—Asi lo espero, contestó el flamenco alargando la suya al anciano, que pronto desapareció seguido de sus gentes.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Pocos instantes despues no habia nadie en aquel aposento, mientras que en la parte inferior del palacio chocaban rudamente las armas, mezclándose en los aires los vítores al obispo de Acuña con los vivas al conde de Alba. Uno y otro bando habian venido á las manos, y el ataque empezaba con obstinacion y encarnizamiento.

EL GUIA.

CAPITULO IV.

Rayaban apenas los primeros albores de la mañana cuando llegaban á las puertas de Toro varios hombres á caballo en compañía de una dama que envuelta la cara con un velo blanco de gasa y guiando con hábil presteza el hermoso bruto que montaba, apenas prestaba oidos á las corteses palabras que un caballero que iba á su lado la dirigia con frecuencia. Siguiendo á estas dos personas y á muy corta distancia cabalgaba solo y silencioso un hombre embozado hasta los ojos en una larga capa, y por último, detrás formando como la escolta de nuestros viajeros marchaban cuatro criados al frente de los cuales venía un militar de retorcido bigote, ancha espalda, tez morena y francos modales.

El solo habia durante el camino roto alguna vez que otra el profundo silencio que los demas observaban, y aunque aburrido de que no se animára conversacion, alguna adelantaba á menudo su caballo y poniéndose junto al embozado le hacia preguntas y le estrechaba para entablar el diálogo, no recibia nunca del otro mas que un sí ó un no pronunciados secamente y que le hacian renunciar á su deseo.

—Es un cartujo! —les decia el militar á los criados desesperado de hablar con el encubierto.

—¿A qué diablos viene con nosotros? No será para guiarnos por alguna senda desconocida puesto que hasta ahora no hemos salido del camino real; y si no es para servirnos de guia, de qué nos ha de servir ese espantajo?

Nadie le respondió.

—Oh! prosiguió el mismo, qué danza habrá armada en Zamora y cómo castigará nuestro buen conde á esos clérigos revoltosos! Nunca como hoy he sentido no hallarme al frente del enemigo porque nunca como hoy los veria con sotana y bonete.... eh ¿no decís vosotros nada, bribones?

Los criados se habian dado de ojo para no contestar al alferez Perote, que este era el que los mandaba.

—Cómo es eso? Callais cuando yo os pregunto? Cuenta que si desnudo la tizona os he de hacer cantar cuanto mas responderme.

—Es que como estamos ya en la ciudad.... dijo un criado.

—En efecto, prorumpió Perote, y aunque yo no te he preguntado eso, te agradezco la advertencia, pues bueno será que me adelante á recibir las órdenes del señor baron.

Diciendo esto se separó de los suyos y con tranquilo paso adelantóse al baron de Alburg que al lado de doña Isabel caminaba, y le preguntó si habian de detenerse en Toro ó si continuarian el camino.

—Estais muy cansada? preguntó el de Alburg á Isabel.

—Sigamos el viaje; me siento con fuerzas para ello; contestó la jóven con voz apagada.

—Como gusteis; pero no seria inoportuno el detenernos una media hora; aun nos falta la mitad del camino, estais muy agitada, conmovida, y podria

la fatiga del viaje perjudicar vuestra salud. Quereis hacer alto en la ciudad?

La jóven movió la cabeza lentamente y en señal afirmativa. Perote dió espuelas á su caballo y se internó por la calle principal de Toro.

El baron entretanto llamó al encubierto que á corta distancia caminaba como hemos dicho, y en voz baja para que doña Isabel no lo oyese, le preguntó.—Habrá peligro en detenernos aquí algunos instantes?

—No lo espero, contestó el encubierto, aunque sino fuera por la hija del señor conde y por lo que importa á su reposo, mas valia seguir hasta Tordesillas sin descansar en parte alguna.

—Es cierto, pero ya conoceis.....

—Quién lo duda. Yo soy el primero en aprobar esta detencion.

—Nada mas,—dijo el de Alburg como insinuando al otro que se volviera á su puesto.

El embozado le obedeció en seguida. Poco despues vieron venir á Perote que acercándose al baron le dijo:—Solo he encontrado una posada donde podamos descansar en estos momentos: la casa del señor marqués pariente de nuestro amo está cerrada y no me he atrevido á llamar sin vuestra licencia.

—Bien hecho, contestó el de Alburg. No es ocasion aquesta de inútiles cumplimientos que solo servirian para retardar y entorpecer nuestro viaje; mas vale que el marqués ignore, si es posible, nuestra llegada. Qué os parece? le preguntó acto contínuo á doña Isabel queriendo enmendar asi la absoluta autoridad con que desde luego habia tomado aquella determinacion.

Doña Isabel volvió á mover ligeramente la cabeza, y el baron se contentó con esta leve muestra de asentimiento.

—Guiadnos allá, Perote, le dijo al alferez:

Perote se colocó al frente de todos ellos que le siguieron silenciosos hasta llegar á la posada. Al ruido de los caballos salieron á la puerta las criadas y los mozos de la cuadra y apéandose el baron, y ayudando con toda la galanteria flamenca á bajar del caballo á doña Isabel, dió la señal, á los que le acompañaban, que incluso el encubierto se apearon tambien de sus cabalgaduras.

Una sala de regular estension, de forma cuadrilonga y amueblada pobremente, con una mesa de pino y varias banquetas de lo mismo, era la única habitacion que habia disponible para nuestros viajeros. Los criados que traian, se dirigieron á las cuadras, llevándose sus caballos y los de doña Isabel: el baron, el encubierto y Perote y estos personajes desde luego entraron en el aposento. Perote tenia órden reservada del conde de no separarse de su hija un solo momento, y antiguo y fiel criado y aun deudor al conde del grado que en la milicia tenia, cumplió su mandato ciegamente, á pesar de que habia observado en el de Alburg desde que en la posada entraron, deseos de encontrarse á solas ó al menos de hablar secretamente con doña Isabel, como si por todo el camino no hubiera tenido ocasion para decirla lo que se le ocurriera; verdad es que el encubierto colocado durante la marcha detrás del baron y á corta distancia de él habria oido cuanto á doña Isabel dijese, y ésta además iba en tal estado que apenas contestaba á las preguntas mas precisas con un leve movimiento de cabeza ó una palabra imperceptiblemente pronunciada. ¿Pero, qué tendria que decirle el baron? Perote ignoraba al pensar esto para sí, el estraño efecto que habia producido en aquel hombre la aparicion de don Alfonso en la misma habitacion de doña Isabel, y la vehemencia con que ésta imploraba el perdon aun antes de que fuera descubierto, queriendo disuadir por otra parte al conde de que por aquellos aposentos no podia haber escondido ninguno de los que buscaban. El de Alburg supo allí reprimir su estrañeza y su disgusto, porque ni era ocasion de manifestar lo primero, ni á él le convenia llevar muy adelante lo segundo. Habia de por medio intereses demasiado preciosos para su ambicion, miras harto trascendentales que le aconsejaban caminar fijamente á un objeto, y juzgó inoportuno y nécio crearse dificultades y embarazos cuando ya tocaba al término de su deseo, y cuando tanto en este particular le habia protegido la fortuna. Unicamente queria penetrar en el corazon de la jóven y saber la verdad de sus sospechas para precaverse de los inconvenientes que pudieran presentarse; pero aun esto pensaba averiguarlo de manera que doña Isabel no se apercibiese de ello. El baron tenia suficiente talento y sagacidad bastante para intentarlo, y una buena dósis de sangre fria para recibir aun la respuesta mas contraria á su interés, ya que no podamos decir á su amor, porque éste no habia penetrado en su alma impasible y descreida. Hombre sin fé y sin ilusiones, era cortesano hábil y travieso, porque las córtes fueron su cuna, y si reunia á esta cualidad la de valiente y animoso, siempre lo fué por orgullo y por conservar ó adquirir títulos y poder. Fácilmente se esplican los servicios que al emperador prestára y su venida á España: difícilmente un flamenco, y un flamenco de su alta alcurnia y de su mérito, dejaba por entonces no solo de ocupar un buen puesto en el estado, sino de aspirar á las mas preciadas dignidades: el baron supo obtener las que á sus fines competian, y relacionado con los primeros hombres del gobierno, oido con atencion por ellos, é introducido en las mejores casas de Castilla, pronto se granjeó la consideracion de los grandes y el aprecio particular del conde de Alba: el enlace con la hija de éste diestramente proyectado por el de Alburg, y cordialmente admitido por el noble y poderoso conde que no juzgó desigual semejante union, no significaba para el audaz flamenco mas que la posicion elevada en que iba á verse colocado en el reino, y las riquezas que por este medio iba á amontonar en sus arcas: el amor de su esposa no le inquietaba demasiado y puede decirse que hasta le era indiferente; solo una cosa le alteraba en este punto; el temor del ridículo, porque su orgullo era la deidad en que adoraba. Así, pues, intentó averiguar qué relaciones de afecto ó de cariño mediaban entre doña Isabel y don Alonso, y si estas al verse amenazadas por el próximo casamiento podrian á favor de algun esfuerzo desesperado interrumpirlo, pues en cuanto á lo demás él estaba seguro de vencer cualquier tentativa que su rival proyectase y de desvanecer las esperanzas que contra su boda abrigase doña Isabel. Sin embargo, como hasta entonces habia creido que ésta correspondia á sus finezas, si no enamorada afectuosa al menos, al ver levantarse de improviso ante sus ojos la sombra de un obstáculo y al sospechar si otro merecia el amor de la jóven sintió ofendida su vanidad, burlada su presuncion, y cuanto mas pensaba en ello mas disgusto, mas impaciencia esperimentaba: por eso creyó necesario sondear los secretos sentimientos de su prometida, por eso buscaba el modo de quedarse sin testigos para proceder á la especie de interrogatorio que allá en su mente habia proyectado hacer, y por eso en fin, inquieto y desasosegado, tan pronto se sentaba, tan pronto se levantaba de su banqueta, dirigiéndose maquinalmente á la jóven y volviendo otra vez á su sitio sin hablar mas que palabras incapaces de promover ni animar conversacion alguna.

(Se continuará.)

REVISTA DE LA SEMANA.

EL HOMBRE DE MUNDO, comedia original del señor don Ventura de la Vega.

Hace años que escribimos de crítica en los periódicos de la córte: celosos como el primero por la prosperidad del teatro nacional hemos tenido una y mil ocasiones de censurar severa, dura é implacablemente al señor don Ventura de la Vega con fundadas razones, con conocimiento de causa, y lo que es mas, con justicia. Nadie que tuviera mediana aficion á las letras podia dudar del superior talento concedido por la Providencia al autor de las composiciones tituladas *La Agitacion*, *El Entusiasmo*, *A orillas del Pusa*, *Al augusto enlace de Fernando VII y Cristina*, *A la muerte de la Excma. señora duquesa de Frias*, *Imitacion del cantar de los cantares*. Nosotros las sabíamos de memoria y convencidos de su mucho mérito, oiamos á don Alberto Lista llamar enajenado de júbilo á su antiguo discípulo buen poeta, y el voto de tan ilustre anciano es inapelable en materias de esta especie. Con motivo de la traslacion de los restos de don Pedro Calderon de la Barca al cementerio de san Nicolás, verificada en 25 de mayo de 1841, se representó en el liceo una excelente loa del señor Vega, y la aplaudimos colmando á su autor de merecidas alabanzas. Vino el año de 1842 y en los teatros de Madrid se ponia en escena una traduccion por semana; y en el del Príncipe casi era traductor esclusivo el señor Vega; y nadie hacia tanto daño como él á la literatura dramática, porque nadie elegia con mas acierto en el repertorio francés, ya no muy rico de buenas producciones; y malgastando su talento sacaba partido de malos originales; y traduccion suya que no se aplaudia, pasaba; y el público se acostumbraba á la escuela dramática de nuestros vecinos; y los actores hacian en ella su estudio; y cada vez se alejaba mas la época de la regeneracion de nuestro teatro. Nosotros no podíamos ver con calma tal cúmulo de traducciones anunciadas en los carteles con pompa nunca vista; ni nos conformábamos con que se aplicára hasta la saciedad el renombre de *distinguido literato*, al que solo en traducir se ocupaba. Repetimos una y otra vez, sin decir nada contra la insigne capacidad del señor Vega, que mientras no alegára méritos menos controvertibles no le podia otorgar el público un puesto eminente en la literatura, siquiera tuviesen sus amigos profundo convencimiento del mucho valer del que solo para darnos á conocer los *vaudevilles* franceses sacudia su proverbial pereza. A medida que se hacia crónico tan deplorable abuso persistiamos en nuestro pensamiento mas tenaces y con mas encono; y antes de decir si el original traducido era bueno ó malo, clamábamos contra las traducciones y contra los que traducian, si tenian dotes para lucir en la escena con mas provecho. Benévolo en demasía el público tomaba, si la espresion nos es permitida, gato por liebre, y llamaba á las tablas al traductor de *Una ausencia* como á los autores del *Cuarto de hora*, *de Alfonso el Casto*, *Guzman el Bueno y Castillos en el aire*. Cada vez mas iracundos probamos á escitar el amor propio del señor Vega, negándole quizá aptitud para ser original en el teatro, y suponiendo que de lo contrario tenia ambicion bien limitada, pues se satisfacia con los aplausos dados á obras ajenas mas ó menos perfeccionadas por su pluma. Variamos de tono al representarse la comedia titulada los *Partidos*, traducida tambien; pero traducida en verso y de un original no malo, y visiblemente mejorada y arreglada hábilmente á la escena española. No tuvo por conveniente el señor Vega dar un paso mas en tan buen camino; es verdad que dejó de hacer traducciones y de darnos asunto de censura: no es menos cierto que como autor original siguió guardando religioso silencio. Cuando por el año de 1844 ensayaba en los teatros de Santa Cruz y del Liceo de la ciudad de Barcelona dos de sus traducciones, *la Calumnia y los perros del Monte de San Bernardo*, dijimos: «El señor Vega todo lo hace con las comedias, las lee, las estudia, las critica, las traduce, las ensaya, las representa, solo le falta.... escribirlas.» Ya ni eso le falta; la hora de la reparacion ha llegado; hoy vamos á colmarle de elogios, si en otros dias le dirigimos sin tregua fulminante censura: estamos persuadidos de que nos asistia la razon entonces, y de que nadie nos la ha de quitar ahora; órgano de lo que el corazon siente nuestra pluma va á desempeñar mas agradable tarea, y sin hacer traicion á nuestras condiciones nos convertimos de rígidos censores en sinceros panegiristas.

Desde luego enunciamos que *El hombre de mundo* es una comedia modelo, clásica por excelencia y bajo todos conceptos notable. Lo que el poeta expone en el primer acto, lo anuda en el segundo, lo desenvuelve en el tercero, y lo desenlaza en el cuarto. Es la accion natural y sencilla, su interés progresivo; no solo cumple con el requisito de la verosimilitud teatral, sino de la verdad mas rigorosa. Muy poco sabe de la sociedad en que vive quien no haya visto y vea á todas horas un hombre casado despues de una vida tormentosa como *don Luis*, y que ansioso por gozar de la felicidad doméstica recela y duda creyendo ser víctima de los solteros de la misma manera que él fué verdugo de los casados. Abundan individuos como don Juan, corrompidos

por el libertinaje, que sin hacer gala del vicio, lo practican como natural costumbre, y para quienes la amistad y el amor son palabras vacías de sentido. Casi todos los jóvenes empiezan por ser amantes tímidos y candorosos como Antoñito. Es lógico que toda mujer esposa, como Clara, de un marido célebre por sus ruidosos galanteos, tema á cada paso verle volver á las andadas.

Criaturas tiernas y amorosas como Emilia son todas las niñas de diez y seis años, si su educacion ha sido esmerada y si ajustan su sensibilidad esquisita á su recomendable decoro. No hay sino recorrer las agencias de Madrid para convencerse de que muchas criadas degeneran de consentidas en respondonas á semejanza de Benita, y mas si las corteja algun novio. No es posible que un criado en el caso de Ramon, instrumento obligado de las travesuras de un amo calavera, pródigo y desinteresado, se resigne gustoso á servirle despues de contraer matrimonio, y á trocar su papel de confidente por la humilde condicion á que le reducen sus deberes de barrer y de ir á la compra. Son pues todos los caractéres hábilmente dibujados por el señor Vega, originales de muchos retratos. Veamos ahora qué contraste forman y cómo estan combinados en el juego escénico de la intriga.

Aparece D. Luis muy complacido de su nuevo estado: Clara se felicita de tener un esposo que ha corrido mundo, fundada en el dicho de que es calavera despues el que no lo ha sido antes: deseoso aquel de que ésta no se prive de nada, la insta á que visiten su casa los que la solian visitar cuando era soltera; esto da márgen á la promesa de presentar en aquella misma noche á Antoñito, amante de Emilia. De aquí nacen las sospechas de D. Luis, cuando de vuelta de Francia D. Juan su amigo y camarada de locuras estraña su casamiento y le recuerda la sutileza de las mujeres, y entre otras la de una llamada Rosa que se compuso de modo que el marido mismo le presentase en su casa. Desde este punto ve don Luis perfecta analogía en el caso de Rosa y en el de Clara, y á pesar de todo por no aparecer débil y preocupado presenta á Antoñito como lo prometiera, y cuanto sucede corrobora al parecer sus sospechas. Clara al ver á su marido triste y taciturno concibe temores de que le agita pasion estraña: oprimida por sus nacientes celos, trata de averiguar la verdad por conducto de D. Juan: este ha esplotado ya el disgusto de Ramon, y le induce á que ejercite su antiguo oficio cerca de su ama. Preparado asi el terreno hablan don Juan y Clara; el primero en lenguaje amoroso, la segunda en el estilo apasionado de la que tiene celos de su marido; cree don Juan avanzar camino halagando la pasion dominante en Clara, ofendiendo al mismo tiempo su orgullo, y confiesa que D. Luis está enamorado de una mujer de condicion humilde, y Clara se fija instantáneamente en su criada Benita. Apela don Luis á Ramon para cerciorarse de su deshonra, y como se esplica con medias palabras, por no descender hasta el punto de confiar dolores tan profundos y de tal delicadeza á un criado, supone este que D. Luis está enamorado de su cuñada Emilia. Mas nada de esto acontece sino caminando la intriga de situacion en situacion, todas altamente cómicas; con chistes tan naturales que no serian chistes fuera de aquellas situaciones.

Solo hemos insinuado el argumento de *Un hombre de mundo*: seria imposible dar una idea de sus muchas bellezas sin enumerar la facilidad del diálogo, lo ameno de la versificacion, lo castizo del lenguaje, y eso equivaldria á copiar toda la comedia. En ella estan observadas las tres unidades de accion, lugar y tiempo: su interés no decae nunca y no por lo intrincado del asunto, sino por el ingenio del poeta: ninguno de sus numerosos incidentes se eleva al drama, ni desciende al sainete, todos se agitan dentro del círculo de la comedia; cualidad no comun por cierto, y que merece ser mencionada.

Todavía seria esto poco si *El hombre de mundo* no tuviera ninguna tendencia moral, si de ella nada se sacára en limpio. El señor Vega ha sabido tambien llenar este requisito. Don Luis espía durante el curso de la accion sus calaveradas, sintiendo las mismas amarguras de que él era ocasion en otros tiempos, quedándole de sus antiguos é ilícitos placeres solo la memoria, y eso para turbar la ventura conyugal por que suspira. Sin la figura de don Juan se ve cuán desairado y ridículo es el papel de libertino ante esposas de la virtud de Clara. Con la propicia fortuna de Antoñito y Emilia se santifican los deleites de un amor puro. Y por conclusion de todo deduce el poeta que para los casados no hay mas remedio que *echarse en brazos de Dios, y que no basta pensar mal para ser hombre de mundo*. Al llegar aquí nos ocurre que siendo éste el objeto de la comedia, y estando como está bien desempeñado, el título dice poco: podia tener otro mas propio y significativo. Leemos al final de la comedia lo siguiente:

Don Luis. Voto á bríos!
Con que no tenemos medio
de escapar?
Clara. No hay mas remedio
que echarse en brazos de Dios.

Dicho esto nos parece que el título natural de la comedia seria *La fé es lo que salva*, ú otro equivalente.

Busquen otros críticos faltas y lunares á la comedia del señor de Vega: nosotros solo tenemos hoy entusiasmo para admirar tan perfecta obra del arte y del estudio, del trabajo y del talento. Nosotros perdonamos al señor Vega el inmenso catálogo de traducciones con que daba asunto á nuestra crítica severa, si aquel ejercicio le ha sido de algun provecho para imaginar una produccion, que en su clase no tiene igual en nuestro repertorio clásico antiguo ni moderno. Este aserto tiene todos los visos de absoluto: si fuere objeto de controversia estamos dispuestos á demostrar, citando autores y obras originales, que *El Hombre de mundo* es la comedia clásica mas completa que posee la literatura dramática española.

Se oyó toda la comedia al son de repetidos y estrepitosos aplausos: su autor fué llamado dos veces á la escena al fin del tercer acto y del cuarto, obteniendo lo que merecia, un éxito brillantísimo, un triunfo de los mas señalados.

De la ejecucion solo podemos decir que ha superado á todo lo que hemos visto, y que en nada ha desmerecido de lo que han visto otros en los paises estranjeros. Romea, el beneficiado, estuvo admirable dando el correspondiente colorido á su difícil papel y marcando con superior habilidad artística ciertos pasajes en que debia fijarse el público para poseer la clase de la intriga; eso es lo que se llama poseer el teatro y proceder á la vez como actor y poeta. Felicísima, inimitable la Matilde Diez, retrató á la esposa atormentada por los celos de una manera que la haria sobresalir al lado de todas sus rivales si las tuviera. Hizo la Teodora Lamadrid un papel de candor y de inocencia en que siempre brillan sus aventajadas dotes. Nada dejó que desear la Plácida Tablares. No así Florencio Romea, pues de seguro ha inspirado á sus muchos amigos el deseo de verle siempre lucir en las tablas como ha lucido en el D. Juan del *Hombre de mundo*. A Guzman basta nombrarle para saber que ha representado un papel de gracioso; y basta saber que lo ha representado para conocer que lo ha hecho á las mil maravillas. El señor Fernandez hizo el papel de menos importancia, y contribuyó en lo que pudo á que el desempeño de la pieza formára un escelente conjunto.

Algun espíritu descontentadizo creerá tal vez que nuestros elogios son exagerados. Nuestro carácter no nos consiente incensar al señor Vega, ni á nadie: los aplausos que ha obtenido en la segunda y tercera representacion el *Hombre de mundo* y los que ha de obtener en las numerosas representaciones que la esperan, dan y darán testimonio de que está muy lejos de nuestra mente la idea de arrojarle el incensario á la cara.

A. F. DEL RIO.

DIRECTOR Y EDITOR D. ANTONIO FERRER DEL RIO.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECÁNICAS DE D. IGNACIO BOIX, CALLE DE CARRETAS, NÚMERO 8.

VISTA DE LA CIUDAD DE VALLADOLID.